

que crezca ó se fabrique en estos paises, de que no le hayan hecho regalos? ; Qué de tapices y vestidos magníficos, unos encarnados, otros blancos y otros historiados y de varios matices! ; Cuántas tiendas doradas y surtidas de todos los víveres necesarios! ; Cuánta ropas y camas magníficas! ; Cuántos vasos de oro y plata adornados de piedras preciosas ó primorosamente trabajados! Añádase á esto un número infinito de armas extranjeras y á la griega; una muchedumbre increíble de bestias de carga y de animales destinados á los sacrificios; de cajones llenos de toda especie de manjares exquisitos; de armarios y sacos llenos de papel y de otros muchos utensilios, y una cantidad tan grande de viandas saladas de toda especie de animales, que los que las veían de léjos pensaban que eran colinas que se levantaban de la tierra.

Desde la mas alta elevacion cae hasta la mas ínfima bajeza, precisamente en el pasage en que mas debia elevarse; porque mezclando importunamente en la pomposa descripcion de este aparato cajones, armarios y canastas de viandas, parece que hace la pintura de una cocina. Y así como si alguno que tuviese que colocar todas estas cosas, y en medio de las tiendas y los vasos de oro, en medio de la plata y los diamantes, colocase sacos y cajones, haría con esto un malísimo efecto; así tambien las palabras bajas en el discurso, pues son como otras tantas manchas y lunares vergonzosos que deslustran la expresion. No habia mas que alterar un poco la descripcion, y decir en general, en órden á las colinas de viandas saladas y lo demas de aquel aparato: que enviaron al rey camellos y muchas bestias de carga con todos los víveres y regalos necesarios, y grandes cantidades de viandas las mas exquisitas, con todo cuanto se puede imaginar de mas sabroso y delicado; ó si se quiere, todo cuanto los reposte-

ros y cocineros pudieran desear para el regalo de su dueño. Porque en un discurso muy elevado no se debe descender á cosas bajas y de ninguna consideracion, á no obligar á ello una necesidad muy urgente. Es necesario que las palabras correspondan á la magestad de las cosas de que se trata; y en esto es bueno imitar á la naturaleza, la cual al formar al hombre no expuso á la vista aquellas partes que no es honesto nombrar, y por las cuales se purga el cuerpo, ó, para valerme de la expresion de Xenofonte, *ha escondido y retirado estos desagüaderos lo mas léjos que le ha sido posible, por no manchar la hermosura del animal.* Mas no hay necesidad de examinar tan individualmente todas las cosas que degradan á la oracion. Y supuesto que he manifestado lo que la eleva y ennoblece, fácil es de juzgar que lo contrario es lo que ordinariamente la envilece.

## CAPITULO XXXV.

*De las causas de la decadencia de los ingenios.*

**S**olo resta ya una cosa que examinar, mi amado Terenciano; esta es la pregunta que me hizo dias hace un filósofo; porque es útil aclararla, y quiero añadirla á este tratado para tu satisfaccion.

No acabo de admirarme, decia este filósofo, y muchos otros se admiran tambien de que hallándose en nuestro siglo bastantes oradores que saben manejar un razonamiento, y que tienen asimismo estilo oratorio; que habiendo muchos, digo, que tienen vivacidad, claridad, y sobre todo, gracia en sus discursos, se encuentren tan pocos que puedan elevarse hasta el sublime: tan gran' es al presente la esterilidad de los ingenios. ;Consistirá, proseguia, en lo que se dice comunmente; que el gobierno po-

pular es el que cria y forma los grandes ingenios, puesto que todos los oradores hábiles que hasta aquí ha habido han florecido y muerto con él? En efecto, añadía, acaso no hay nada que eleve mas el alma de los grandes hombres que la libertad, ni que excite y despierte en nosotros mas eficazmente aquel sentimiento natural que nos conduce á la emulacion, y aquel noble ardor por verse ensalzado sobre los demas. Añádase á esto, que los premios que se proponen en las repúblicas, aguzan, por decirlo así, y acaban de pulir el ingenio de los oradores, haciéndoles cultivar con esmero los talentos que han recibido de la naturaleza: tanto, que se ve brillar en sus discursos la libertad de su pais.

Mas nosotros, proseguia, que hemos aprendido desde nuestros primeros años á sufrir el yugo de una dominacion legítima: que hemos sido como envueltos por las costumbres y modos de hablar de la monarquía, cuando teniamos todavía la imaginacion tierna y capaz de recibir toda clase de impresiones; en una palabra, á nosotros que jamas hemos gustado aquel vivo y fecundo manantial de elocuencia, quiero decir, de la libertad; lo que comunmente nos sucede, es hacernos grandes y magníficos aduladores. Por eso decia, que un hombre, aunque hubiese nacido en la servidumbre, era apto para las demas ciencias; pero que ningun esclavo podia jamas ser orador; porque un ingenio, añadía, abatido y como domado por la costumbre, y hecho al yugo, jamas osará atreverse á nada: cuanto vigor tenia se evaporará por sí mismo, y él quedará siempre como aprisionado. En una palabra, para usar de las expresiones de Homero,

El dia que aprisiona al hombre libre,

Ese mismo le quita

De su primer vigor la media parte.

Así como (si es cierto lo que se dice) esas cajas en que se encierra á los pigmeos, llamados vulgarmente enanos, no solo les impiden crecer, sino que los hacen mas pequeños por medio de aquella banda con que les ciñen el cuerpo; así la servidumbre (y hablo de la legalmente establecida) es una especie de prision, en la cual mengua el alma y se comprime en cierto modo. Yo bien sé que le es fácil al hombre, y aun natural, motejar siempre las cosas presentes; mas poned la atencion... Y á la verdad, proseguí yo, si las delicias de una paz muy dilatada son capaces de corromper las mejores almas, esta guerra interminable que perturba toda la tierra tanto tiempo hace, no es el menor obstáculo á nuestros deseos.

Añadid á esto esas pasiones que agitan continuamente nuestra vida, é introducen en nuestra alma la confusion y el desorden. En efecto, continué yo, el deseo de las riquezas, de que todos adolecemos hasta el exceso, el amor á los placeres, es el que hablando en puridad, nos esclaviza, y por mejor decir, nos arrastra al precipicio en que todos los talentos están como sepultados. No hay pasion mas ruin que la avaricia, ni vicio mas infame que la sensualidad. No comprendo como aquellos que hacen gran aprecio de las riquezas, formándose de ellas como una especie de divinidad, pueden estar tocados de esta enfermedad, sin contraer junto con ella todos los males que naturalmente le acompañan. Y á la verdad, la profusion y los malos hábitos, siguen de cerca á las riquezas excesivas, pisan sus huellas, por decirlo así, y por su medio se abren las puertas de las ciudades y de las casas, entran en ellas, y allí se establecen; mas apenas han morado algun tiempo cuando hacen allí su nido, segun el pensamiento de los sábios, y trabajan por multiplicarse. He aquí lo que

alli producen: engendran el fausto y la afeminacion, que no son sus hijos bastardos, sino sus verdaderas y legitimas producciones; y si dejamos crecer una vez dentro de nosotros estos dignos hijos de las riquezas, pronto harán que brote la insolencia, el des-arreglo, la desvergüenza, y todos esos otros inexorables tiranos del alma.

Luego, pues, que un hombre, olvidándose de cultivar la virtud, no admira sino las cosas frívolas y perecederas, es preciso que por necesidad le suceda cuanto hemos dicho: no acertará ya á levantar los ojos para mirar encima de sí, ni á decir cosa alguna extraordinaria; y en breve tiempo se formará una general corrupcion de toda su alma. Todo cuanto tenia de noble y grande se marchita y se seca por sí mismo, y solo se grangea el desprecio.

Y no siendo posible que un juez á quien se ha sobornado, juzgue sanamente y sin pasion de lo justo y honesto; porque un alma que se ha dejado sobornar de los regalos, no conoce mas honestidad ni justicia que su utilidad: ¿cómo queremos que en estos tiempos en que la corrupcion ejerce su imperio sobre las costumbres y las almas de todos los hombres; en que solo pensamos en pillar la herencia de este, en tender redes á aquel para que nos deje algun legado en su testamento, en sacar una infame ganancia de todas las cosas, vendiendo para ello hasta nuestras almas, como miseros esclavos de nuestras pasiones; cómo, digo, podrá ser que en medio de este general contagio se halle un hombre de sano juicio, y libre de pasiones, y que no estando obcecado ni seducido por el amor del interes, pueda discernir lo verdaderamente grande y digno de la posteridad? En una palabra, estando todos formados del modo que he dicho, ¿no vale mas que otro nos mande, que no quedar con todo nuestro

poder, no sea que esta insaciable sed de adquirir, á manera de un furioso que ha roto las cadenas y se lanza sobre cuantos le rodean, vaya á llevar el fuego de la discordia á los cuatro ángulos de la tierra? En fin, le dije, el amor del lujo es causa de esta desidia é inaccion en que yacen hoy dia todos los ingenios, exceptuando muy pocos. En efecto, si alguna vez estudiamos algo, se puede decir que es como por recreacion, á manera de convalecientes, y por tener ocasion de vanagloriarnos de ello; no por una noble emulacion, ni por sacar algun provecho loable y sólido. Mas ya he hablado bastante sobre el asunto. Pasemos ahora á hablar de las pasiones, de las cuales he prometido hacer un tratado aparte (1); pues en mi concepto, no son el menor adorno del discurso, sobre todo por lo tocante al sublime.

---

(1) *T. Por desgracia ha perecido tambien este tratado, del cual formó Longino un libro aparte, que era como una consecuencia natural del tratado del sublime. Al concluir el lector la lectura de este, no podrá dejar de lamentarse de la pérdida de aquel; pues es de suponer que fuese igualmente apreciable y tan filosófico como el del sublime, resto el mas precioso de la antigüedad, y que será cada dia mas leído, á medida que el buen gusto y la filosofía hagan progresos en la literatura.*

*Debo advertir por conclusion, que si bien es verdad que he preferido [tanto por guardar la debida uniformidad de estilo en mi traduccion, quanto por otras justas y poderosas razones] la traduccion francesa de Boileau á la castellana que anda impresa, del profesor Valderrabano, he aprovechado sin embargo algunos de sus versos. Por lo demas, el lector inteligente é imparcial podrá juzgar por sí mismo, cotejando dichas traducciones, si ha sido ó no acertada y prudente mi preferencia, salvo el aprecio que se merece el trabajo de nuestro profesor.*